

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 9 de abril en la Iglesia
de San Antolín, por el Excmo. Sr. D.
Joaquín Esteban Mompeán**

En la Iglesia de San Bartolomé, el 5 de abril de 1974, festividad del Viernes de Dolores, tuvo lugar el Primer Pregón de la Semana Santa de Murcia.

Organizaron el acto el Ayuntamiento, el Cabildo Superior de Cofradías y el Orfeón murciano «Fernández Caballero», desde entonces presente siempre en esta conmemoración como intérprete del tradicional Concierto Sacro, bajo la dirección sucesiva de los Maestros Don Antonio Acosta Raya, Don Miguel Baró Bó y Don José Luis López García, Director actual. Fueron proclamados Nazarenos del año, Don Narcisco Muñoz Sánchez y el Dr. Don Jesús Quesada Sanz, a título póstumo.

Me cupo entonces el honor de serregonero de nuestra Semana Santa e hizo la presentación Don Pedro Pérez García, Párroco de San Bartolomé.

Así iniciábamos esta costumbre, que con el tiempo transcurrido ha arraigado y forma parte de los actos que el Cabildo organiza con la directa colaboración, cada año, de una Cofradía pasionaria, y ha contado, desde entonces, con la actuación de destacados murcianos, escritores, poetas, teólogos, seculares y clérigos, que han cantado nuestra Semana Santa con gran belleza y acierto. Todos ellos dijeron más y mejores cosas que yo puedo decir. Vengo además como un alumno repetidor a hacer

un segundo examen, aprovechando la oportunidad que me da el Cabildo Superior de Cofradías, para revalidar el título de pregonero de nuestra Semana Santa. Cuando se recibe este honor, no cabe preguntarse por las razones que tiene quien lo concede, y no encuentro otra que la generosidad de quienes me han elegido.

Decían los clásicos de la teología: «fides ex auditu», «la fé nos entra por los oídos», y un buen apologista concluía preguntándose ¿por qué entonces enmudecen los predicadores?

No enmudeció el apóstol Pedro, primer pregonero de Cristo, cuyos textos podemos leer en Los Hechos de los Apóstoles: «Había a la sazón en Jerusalén —relata el autor del libro sagrado— judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo ... Entonces Pedro, presentándose con los once Apóstoles, levantó su voz y les habló de esta manera ... ¡Oh hijos de Israel! Escuchadme ahora: A Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios a vuestros ojos, con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de él ha hecho entre vosotros, como todos sabéis, a este Jesús dejado a vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios y decreto de su presciencia, vosotros le habéis hecho morir, clavándole en la cruz por manos de los impíos, pero Dios le ha resucitado, librándole de las ataduras siendo como era imposible quedar él preso por ella en tal lugar.»

A pocas horas de que las noches de abril y la huerta murciana sean bóveda y jardín de nuestro universo pasionario, a los pies del Santísimo Cristo del Perdón, venimos a pregonar la Semana Santa de Murcia. Las palabras de San Pedro, a las que he dado lectura, compendian el anuncio y la convocatoria del pregon.

Cristo habló y enseñó en el templo y en las sinagogas, en el valle, en las huertas, en los campos de mies, cerca de los viñedos, junto al pozo y la piscina, en la montaña y en el mar. Amó y se acercó a esa naturaleza, de la que tomó motivos para sus alegorías y parábolas. La tierra se estremeció con su muerte, y

la nuestra se viste, en el abril florido, de flores jóvenes, de azahar recién abierto, de hojas verdes que inician su crecimiento y canta con su primera primavera a la pasión de Cristo, y da al sepulcro su olor de nardos y de rosas, y romperán los claveles cuando nazca la aurora del Domingo de Resurrección.

Todos los murcianos llevamos dentro un nazareno, la mejor garantía de la continuidad de nuestra Semana Santa; mientras haya murcianos, habrá procesiones, y no morirá este fenómeno popular de religiosidad, que orgánicamente se concreta en los Cabildos y en las Cofradías, que actúan como aglutinante social de los barrios de Murcia.

El entramado de nuestras procesiones se expresa como una confluencia desde la periferia, que, todos los años, hacen un itinerario de convergencia hacia el centro, y vuelven a su origen después de haber cumplido la misión de vivificar el cuerpo de la ciudad con su espíritu cristiano.

Desde San Antolín, San Andrés y El Carmen, también San Juan y Santa Eulalia que fueron barrios que confinaban con los extramuros de Murcia, las procesiones son radiales, con una aportación tradicional de la huerta como elemento diferenciador de nuestra Semana Santa.

Desde San Bartolomé, San Lorenzo, San Miguel, San Juan de Dios, San Pedro, San Nicolás y Santo Domingo, las procesiones son del centro, en donde se atenúa la impronta de barrio, y en donde la presencia huertana, aparentemente, es menos significativa.

La huerta y lo huertano son un factor singular de nuestra Semana Santa, que se ha manifestado en múltiples realidades.

En primer lugar, en la inspiración de los imagineros, el primero de ellos, Salzillo, la figura estelar de la imaginaria murciana, que han trasladado a sus creaciones rostros y figuras propias de la fisonomía de la huerta.

La huerta aparece también en el atuendo del nazareno estante; y más todavía en la concepción general de las procesiones como una arquitectura de luz, de flores y de músicas, tan distante de la realidad que expresa y significa: la pasión y muerte de Jesucristo. Netamente huertana ha sido la participación de los hombres de la huerta para realizar el difícil trabajo de «llevar los pasos»; su fortaleza curtida por el sol y por el viento se vinculaba, casi con un sentido místico, a la función de portadores de Dios como generosa contribución de su fé cristiana.

El tiempo que desdibuja costumbres y que entreteje otras, ha borrado las diferencias, y ha dado lugar a un proceso de unificación: todos murcianos, ya no sabemos quienes de la ciudad y quienes de la huerta, hacen las procesiones y viven la Semana Santa, que no ha perdido ese carácter tradicional, y todos los años, en las noches de cielo en calma, con el azahar convertido en incienso, ponemos en la calle la pasión de Cristo, avivamos los recuerdos del ayer, y como brotan los árboles, inesperadamente, con la fuerza germinal de la naciente primavera, por todas partes, a cualquier hora, hay un nazareno que va y un nazareno que viene de la procesión.

Muchas veces viví la escena: Hijo de nazareno, que lo era, triplemente, del Perdón, del Prendimiento de Salzillo y de las Angustias de San Bartolomé, observaba, cada año, el lento ceremonial con el que mi padre se convertía en nazareno. Se producía en él un cambio profundo, y un misterio estaba presente en la hora en la que el hombre asumía su túnica, se identificaba con ella y parecía que cambiaba la sustancia de su ser.

El nazareno es consciente de que empieza a serlo, de que lo es y de que una parte suya contribuye a hacer eso tan bello y tan grande que es una Procesión de Semana Santa en Murcia. Nuestros nazarenos entienden la Procesión como una obra de creación: la Procesión se crea, y, una vez creada, se «saca a la calle». ¿Dónde se hace y quién la hace? Habría que preguntarlo al nazareno. Yo adquirí este conocimiento por mi observación directa y porque participaba de esa mutación espiritual por la que un hombre, tres veces en cinco días, se convertía en naza-

reno. La Procesión se hace, se construye, se edifica como una realidad espiritual cuando los nazarenos, los tronos, las imágenes, los candelabros, las luces y las flores, asumen el espíritu común como unidad en las almas y en los corazones; después, en la calle, la Procesión comunicará su espíritu.

La Procesión «sacada», genera un fenómeno de ósmosis o de intercomunicación con «los otros nazarenos», los «nazarenos de calle», que forman el molde dentro del cual la Procesión se acomoda, se perfila y toma forma sensible de manera que en la Procesión no hay elementos extraños. Quizá lo sean, y por poco tiempo, porque no pueden resistir la fuerza que la Procesión les irradia, los que, al reclamo de ese título que califica a las procesiones como de interés turístico, vengan a contemplarlas como se admira el mar, la montaña o el paisaje; los que conciben la Procesión como una escena de teatro popular, improvisada y anacrónica; nosotros sabemos que no es así; nos sentimos parte del material que construye la Procesión; somos Procesión cuando los tronos se aproximan y cuando lentamente se alejan; cuando oímos el golpe seco sobre las andas, que marca los tiempos de parada y de marcha; nos inclinamos con el mismo plano con que se dobla el paso al momento de sustituir los hombros por los estantes; nos salpica en los oídos el crujido del cristal; nos atraen las flores y sus aromas; nos emocionan las imágenes; nos humilla la mirada de los Cristos; nos seduce la amargura de la Dolorosas; nos serena ver que la Procesión se ensancha en las grandes avenidas; nos recogemos con ella cuando se estrecha y se quiebra en el ángulo de las esquinas; nos sentimos serenos cuando se remansa en las plazas de las Iglesias y cuando vuelven los pasos, habiendo rendido viaje, uno tras otro, como misterios desgranados de un rosario de pasión.

Entran y salen los Cristos y las Vírgenes bajo el dintel de las puertas de las Iglesias. Alzaos, abrid las puertas! para que pase el Señor, que es la puerta de la salvación, in nuestra Puerta! «Yo soy la puerta, testimonia San Juan, el que por mí entrare, se salvará y entrará y hallará pastos abundantes».

Como murciano, como nazareno de calle que sigue los desfiles de uno a otro lugar, no sé cuando he vibrado más de emoción: Si a la salida de la Dolorosa en el primer rayo del sol del Viernes Santo en la plaza de San Agustín, o cuando vuelve al mediodía, con el sudor blanco reflejado en el rostro, cansada de tanto andar y de tanto amar, derrochando amor.

Si en el momento en que la fotografía del río mezcla el agua con la sangre del Cristo encorvado sobre el puente.

Si cuando el arco de San Juan corona la cabeza de Jesús, rescatador de almas, pacífico libertador de hombres.

Si cuando el Cristo de la Salud vuelve a la plaza recoleta de su Iglesia, a la sombra del viejo Instituto y del que fuera Seminario Conciliar.

Si cuando el Cristo de la Esperanza desfila como verde flor inmarchitable en la tarde, blanca de palmas, del Domingo de Ramos.

Si cuando el Cristo del Silencio llega a la sombra del corpulento ficus de Santo Domingo y rodea la plaza como salmo de amor y de denuncia profética en la noche eucarística del Jueves Santo.

Si cuando siento el luto y la soledad en el Santo Entierro. Si cuando, a partir de esa hora, sólo queda el retorno sin Cristo del que nos separa la piedra fría que cierra su sepultura. Si cuando puedo rezar al Cristo del Amparo, generoso de dádivas, y al Cristo de la Misericordia que liberándose de sus propias exequias, vuelve la noche del Viernes Santo a San Miguel, en donde mora desde que su anterior Iglesia es lugar de exposiciones y sala de conciertos. Si cuando el Cristo Yacente mantiene mi fe en sus palabras de amor y de vida.

Si cuando por su gloriosa resurrección puedo sentirme resucitado con El en la aurora luminosa de la Plaza de Santa Eulalia.

Si cuando del barrio, de este querido barrio de San Antolín, de esta Iglesia, sale, y entra el Cristo; sobre todo, cuando entra el Cristo del Perdón.

Nuestro Cristo del Perdón vivió emigrante, desde 1940 a 1948, y fue acogido en la vecina Iglesia de San Andrés. San Antolín estaba siendo reconstruido por el empeño del que fuera su Párroco, de tan grato como justo y merecido recuerdo, Don Antonio Sánchez Maurandi. En 1948, el Cristo del Perdón volvió a cruzar las puertas de este templo. Muchos recordaréis aquellos años en que el Cristo no pudo estar expuesto, aquí, por impedirlo el estado de las obras. Recuerdo con estremecimiento que una noche lo contemplamos, a través del balcón entreabierto de su camarera en la calle de Sagasta, durante un acto penitencial por las calles del barrio. A partir de 1948 volvió a salir y a entrar a esta Iglesia. Como vosotros y con vosotros, cofrades y convecinos de San Antolín, luego cada Lunes Santo y nos apiñamos junto al paso del Cristo del Perdón en esa hora emocionante de la media noche. El reloj de la torre sigue marcando sus horas con el bronce de las campanas; suenan las bandas de música; nos apretamos unos con otros, dejando apenas un pequeño espacio para que los estantes puedan realizar la entrada. Lentamente, muy lentamente el Cristo retrocede, anda despacio cada centímetro de terreno, como negándose a abandonar la plaza anegada de corazones nazarenos; no sé si fuera mejor dejarle en ella: seguro que muchas mujeres, como las santas mujeres, y muchos hombres, como Nicodemo y José de Arimatea, vendrían con lienzos blancos y cien libras de perfume de aromáticas flores para embalsamar su cuerpo. Cuando El traspasa esa puerta, y se cierra, «la dalia, el tulipán y la pasionaria rosa que al pie de la cruz están», quedarán con él, como mirra y áloe para su sepultura. He visto a muchos llorar en esa hora, yo también he llorado, repitiendo, en silencio, la estrofa, que tantas veces hemos cantado en esta Iglesia:

*No te vayas, Jesús, que anochece
y se apaga la fé;
que las sombras avanzan, Dios mío,
y el mundo no vé.*

Tiempos nuevos para procesiones viejas. No está muerta, ni siquiera adormecida, la creatividad procesionista murciana. Nuestras cofradías han crecido en número y en vitalidad. Han aumentado los tronos y las imágenes. Los recorridos son más largos. La Semana Santa no nos cabe dentro de la semana. El viejo patrón de cada noche un desfile, fue superado; el Martes y el Viernes Santo las cofradías se duplican. Tres nuevas procesiones han sido bienvenidas: En las primeras horas del sábado, la Procesión del Retorno; la Venerable Cofradía del Santísimo Cristo del Amparo y María Santísima de los Dolores, ha adelantado al Viernes de Dolores el pórtico de las procesiones, con una imagen, nueva para nosotros, la de Jesús del Gran Poder, y la Cofradía del Santísimo Cristo Yacente comienza su recorrido por la historia de la Semana Santa de Murcia.

Nuestra Semana Santa presenta un sentido global de la pasión de Cristo y cada desfile ofrece una síntesis de la pasión y muerte del Redentor; subraya con reiteración el papel de María como figura corredentora del género humano, a través de la advocación de María Dolorosa, la Soledad en la noche del Viernes Santo, que desfila en pos de la imagen del Crucificado; los días santos movilizan una extensa participación ciudadana, por la que muchos, nazarenos estantes, nazarenos penitentes, nazarenos de calle, nos sentimos responsables de la buena marcha del desfile, de su andar lento o apresurado, del comportamiento severo o ligeramente festivo; y se establece una comunicación espiritual entre todos.

Hubo y hay que volver a ella con el más sincero espíritu cristiano de nuestro tiempo, otra cara de la Semana Santa que vivían nuestros mayores y que nos enseñaron a practicar. Era la Semana Santa que venía precedida de los cultos cuaresmales: los lunes del Perdón, los miércoles de la Sangre, los viernes de Nuestro Padre Jesús. Era la Semana Santa en la que se cumplían con más rigor los ayunos y las abstinencias; era la Semana Santa como tiempo para el cumplimiento pascual, de la confesión y comunión por Pascua florida que obliga, como un mandato de la Iglesia, aún siendo mutua manifestación de amor a Dios y del amor de Dios. Es la misma Semana Santa, que mu-

chos cristianos practican hoy, y sin la cual, la otra sería representación y festividad popular, como un cauce seco o un búcaro de flores mustias, y sin olor. Vuelvo en este punto al pregón de San Pedro, según Los Hechos de los Apóstoles, quien, preguntado ¿qué es lo que debemos hacer?, según leo textualmente, dijo: **«Haced penitencia y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa de este don es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor, Dios nuestro».**

En la liturgia de la Navidad se pregunta a los pastores qué es lo que vieron en Belén: «Quem vidisti, pastores?». «Hemos visto al Niño y a su Madre recogida con él». Si repitiéramos la pregunta referida al momento en que murió Cristo, la respuesta la da este magno grupo escultórico del Cristo del Perdón que nos preside: «Stabat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius» ¿Quién es ese crucificado?

Una frase define y resume la vida de Jesús, y serviría para una nota biográfica de diccionario: Pertransit beneficiando et sanando homines. Bastaría que le añadiéramos los nombres de sus padres; el lugar y la fecha de su nacimiento y de su muerte, y las obras publicadas. Podría decir así:

«Jesús de Nazaret. Hijo de José y de María. Nació en el año primero de la era cristiana, en la ciudad de Belén. Carpintero. Más tarde gran Profeta. Pasó su vida haciendo el bien y sanando hombres. Se confesó Hijo de Dios. Fue detenido e ingresado en prisión. Juzgado, torturado en las Salas de Justicia y condenado a muerte. Murió ejecutado en Jerusalén. Su palabra fue recogida y escrita por cuatro discípulos y seguidores suyos. Fundó la Iglesia Católica. Rey, primero y único de un Reino eterno al que convocó a todos los hombres de buena voluntad. Resucitado de entre los muertos, vive eternamente en su Reino con cuantos, habiéndolos El elegido, lo han elegido a El».

El proceso de Jesús no se inicia en la noche de la oración en Getsemaní que tan magistralmente esculpió Salzillo. El proceso estaba abierto desde hacía tiempo.

Un texto de San Lucas revela el ambiente general contra Jesús: «Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle, y los fariseos y escribas murmuraban de eso, diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores y come con ellos».

San Juan sitúa el comienzo de la oposición a Jesús, tras la curación del paralítico que llevaba treinta y ocho años enfermo y que no tenía quién le arrojara a la piscina para ser curado cuando el ángel bajaba y agitaba el agua. Era sábado cuando fue sanado y al declararlo a los judíos, «andaban queriendo quitarle la vida, porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios».

Otras veces los suyos estuvieron en desacuerdo y lo dejaron. San Juan narra con detalle el discurso en el que afirma: «Yo soy el pan de vida, el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás». La doctrina, según la cual «si no comiérais la carne del Hijo del hombre y bebiérais su sangre, no tendréis vida en vosotros», fue causa de que unos murmuraban, y de que otros muchos, que le seguían, lo abandonaran, porque era una doctrina dura, difícilmente aceptable.

Tachado de endemoniado, hubo un intento de apedrearle porque afirmó su naturaleza divina. Quisieron prenderle cuando dijo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba»; y hubo una reunión extraordinaria del Consejo para condenarle, salvada in extremis por Nicodemo que invocó el principio fundamental de que nadie puede ser condenado sin ser oído.

Su afirmación: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida», levantó uno de los debates más polémicos, en el que Jesús habló de la liberación del pecado, que terminó con otro intento de linchamiento.

Después, en el Templo, mientras Jesús paseaba por el pórtico de Salomón, hay un encuentro dialéctico, en el que vuelve a

afirmar su divinidad: «Mi Padre y yo somos una misma cosa», al que sigue otro intento de apedrearle cortado por el propio Jesús que les inquiere para que digan por cual de las muchas obras buenas que ha realizado, le quieren apedrear. La respuesta fue que por blasfemia, porque, «siendo hombre, te haces Dios».

La resurrección de Lázaro colmó las iras de sus adversarios. Se reunió el Consejo y se dictó sentencia: «Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos, todos creerán en él y vendrán los romanos, arruinarán la ciudad y la nación». Caifás, que era el Pontífice, añadió: «Conviene que muera un solo hombre por el bien del pueblo y no perezca toda la nación».

Delatado por Judas y detenido, fue conducido a los tribunales. Ante Caifás, los testigos que comparecieron, le acusaron de haber dicho que podía destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días. Fue conjurado por el Presidente del Tribunal para que dijera si era el Cristo, el Hijo de Dios. Lo confesó y no negó; después ante el Gobernador Poncio Pilatos reconoció: «Así es como dices, yo soy Rey Yo para esto nací, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz». Pilatos no quiso entenderle, despreció el diálogo y al interlocutor, diciendo: «¿Qué es la verdad?» «De qué verdad hablas».

Fue ejecutado y, tras su muerte, resucitó «Qui mortem nostram moriendo dextrusit, et vitam resurgendo reparavit»: Quien muriendo destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida.

La condena a muerte fue un crimen y además un gravísimo error: no lograron destruir su doctrina, ni su vida; su doctrina es hoy nuestra doctrina, y Jesús resucitado es nuestra esperanza.

A vosotros, mujeres y hombres de buena voluntad.

A vosotros, hombres de los Cabildos y de las Cofradías pasionarias de Murcia.

A vosotros, nazarenos estantes.

A vosotros, nazaremos Penitentes.

A todos los que formamos la Cristiandad y celebramos el aniversario de la muerte y resurrección del que dio su vida por amor, pregunto: ¿Qué buscamos? ¿Qué sentido damos a esta magna conmemoración? ¿Hay proceso abierto, o está cerrado para siempre el proceso a Jesús?

El proceso fue, dicho en términos actuales, un juicio que despreció los derechos fundamentales de la persona. Fue un juicio contra las ideas. Fue un proceso contra la religión disfrazado como defensa de la seguridad pública y de la seguridad del Estado. Las bofetadas y las torturas se las infligieron en los calabozos y en los estrados del Tribunal.

La condena venía de la resistencia a aceptar su doctrina, y en gran medida tomó cuerpo cuando muchos se apartaron de él por esta razón: «Es dura la doctrina y no se puede aceptar». Pero ante esos abandonos, que los recibió con dolor, no cambió la doctrina. Hoy continúa abierto el proceso a Jesús como proceso a su doctrina.

San Pablo advertía a su discípulo Timoteo: «Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, arguye, exhorta con toda la longanimidad y sabiduría, pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas». Sobre nuestro espacio histórico y cultural el Papa Juan Pablo II ha dicho: «Nos encontramos una Europa en la que se hace cada vez más fuerte la tentación del ateísmo y del escepticismo; en la que arraiga una penosa incertidumbre moral, con la disgregación de la familia y la degeneración de las costumbres; en la que domina un peligroso conflicto de ideas y movimientos».

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que hay un proceso abierto a la doctrina de Jesús en nombre de la modernidad y del progreso. Hay abierto un proceso partiendo de la afirmación de que su doctrina tiene que acomodarse y ceder a lo que se llama las demandas sociales y los signos de los tiempos. Hay un proceso abierto, incluso en nombre de Jesús, que lo presenta no como Dios, sino como hombre vinculado a la realidad de su tiempo, cuyo ejemplo de proximidad al que sufre, de multi-

plicador de panes y de peces, de censura a los poderosos, es ejemplo a seguir, pero desposeyendo a Jesús de su misión de Hijo de Dios, mutilando su doctrina de resurrección y de vida, desconociendo que el compromiso con los hombres es resultado del compromiso con Dios. Hay abierto un proceso a Jesús en cuyo nombre se pide la liberación de las alienaciones, pero excluyendo la liberación de la alienación del pecado. Hay un proceso abierto a Jesús, que aplica de doctrina en lo que atañe al bienestar y al progreso, pero no lo que tiende a la comunión con Dios y a la participación en su naturaleza divina a través de la gracia que hace a los hombres hijos de Dios. Hay también abierto un proceso a Jesús cuando nos replegamos en la huida mental de la interrogación de Pilatos, para que quede incontestada la pregunta ¿qué es la verdad? ¿de qué verdad hablas? Pilatos tenía la respuesta delante, como nosotros la tenemos ahora: «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz».

Quizá, llevamos abierto dentro de nosotros alguno de estos procesos, que se convierten en un proceso a nuestras conciencias, en un proceso a nosotros mismos. Ese pudo ser el sentido de palabras de Jesús a las buenas mujeres que lloraban por él en las calles de Jerusalén: «No lloréis por mí, llorad por vosotros y por vuestros hijos».

Mas estos procesos que llevamos dentro, cierto juez, que es Cristo Amor no los termina con una condena, concluyen con una absolución: «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen». El triunfo final de todos los procesos a Jesús, fue entonces, como ahora, su resurrección. San Pablo canta la resurrección de Cristo como la señal segura de las resurrecciones nuestras: «Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo todos somos vivificados. El último enemigo destruido será la muerte ... Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y este ser mortal se revista de inmortalidad, se cumplirá lo que está escrito, la muerte ha sido absorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

Esta noche abrimos para Murcia y para el mundo la conmemoración de las fiestas pascuales. Cada noche pasaremos del mar de la tribulación a la orilla tranquila de la paz. En cada oscuridad, se encenderá una luz. Un solo Cristo, un mismo Cristo, con distintos nombres, atraerá nuestras miradas y levantará el ritmo de los corazones: Cristo del Amparo, de la Esperanza, del Perdón, de la Salud, del Rescate, de la Sangre, del Silencio, Cristo eucarístico en los Monumentos del Jueves Santo, Cristo Nazareno, de la Misericordia, del Sepulcro, Cristo Yacente, y Cristo Resucitado. Cada noche florecerán nuevas flores en la huerta y se encenderán estrellas nuevas en el cielo. Cuando la LUZ NUEVA de la resurrección se encienda, se abrirán las puertas, hasta ahora cerradas, del Reino eterno, los caminos allanados conducirán hasta él, las aguas serán regeneradas, todo árbol dará su fruto, vino la vid y pan el trigo, que se convertirán en la sangre y en la carne del Señor. Entonces repicarán a gloria las campanas, en los cielos exaltarán los Angeles y los divinos Misterios por la victoria de su Rey. Nosotros, ahora, pregonamos la liberación de todas las ataduras, la conversión de los hombres en Hijos de Dios y en miembros de su estirpe, la destrucción de la muerte y la consagración de la vida por la resurrección de Jesucristo, en quien creemos, en quien esperamos, y a quien amamos; y le glorificamos con el canto de San Juan en el Apocalipsis:

«Digno es el Cordero, que fue sacrificado para redimirnos con su sangre ante Dios, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Gracia y honor, gloria y poder sean con aquél que se sienta en el trono con el Cordero, por los siglos de los siglos».

Y repetiremos todos con alegría, con fe y con amor: «AMEN, AMEN, AMEN».

JOAQUIN ESTEBAN MOMPEAN